

María... ¿quién es ella?

La respuesta a esta pregunta solo puede encontrarse en la Biblia, la Palabra de Dios.

Étienne MINIOT

biblicom.org

Índice

1 - Lucas 1:28	3
2 - Lucas 1:46-50	3
3 - Lucas 2:11-14	4
4 - Mateo 2:11	5
5 - Lucas 2:46-51	5
6 - Juan 2:4; 19:26	6
7 - Lucas 11:27-28	6
8 - Hechos 1:14	7
9 - En conclusión, María: ¿quién es?	7
9.1 - Una criatura (no hay ascensión)	7
9.2 - No es una mediadora	7
9.3 - No es un objeto de oración	8
9.4 - No es un objeto de culto	8
9.5 - ¿La madre de Dios?	8
9.6 - No tiene virginidad perpetua	9
10 - Jesús, el único camino de salvación	9
11 - Ir a Jesús	9

Jesús dijo: «Escudriñáis las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5:39).

Esta palabra del Señor Jesús se verifica muy fácilmente: a través de todas las Escrituras, desde el principio hasta el final, el creyente discierne a Cristo: el Antiguo Testamento lo anuncia y habla de él a través de sombras o figuras; el Nuevo Testamento lo presenta en todas sus perfecciones.

Los pasajes que nos hablan de Jesús, el Hijo de Dios, son innumerables. En cambio, muy pocos hablan de María, la madre de Jesús. Consideraremos la mayoría de ellos.

1 - Lucas 1:28

El ángel Gabriel fue enviado por Dios a Nazaret para anunciar a María, que estaba comprometida con José, la buena noticia de que daría a luz al Salvador. El ángel, «Entrando donde ella estaba, le dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor está contigo» (Lucas 1:28). Ella es bendecida entre las mujeres: en efecto, qué gozo para María ser elegida por Dios para dar a luz al que será llamado Hijo del Altísimo. Es objeto de la gracia de Dios, que la hace gozar de su favor. María, una criatura humana, una débil mujer, se turba al ver al ángel. El ángel debe tranquilizarla: «¡No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios! He aquí que concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo» (Lucas 1:30-32).

María responde con fe a este maravilloso anuncio. Sometiéndose humildemente a la santa voluntad de Dios, ocupa el lugar que reconoce como propio, el de la esclava del Señor: «He aquí la sierva del Señor», dice, «que se cumpla en mí conforme a tu palabra» (Lucas 1:38).

2 - Lucas 1:46-50

Algún tiempo después, en presencia de Elisabet, su pariente, un cántico surge del corazón de María: «¡Glorifica mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador! Porque ha mirado el humilde estado de su sirvienta...» (Lucas 1:46-48).

Ella llama a Dios *su* «Salvador». No habla de sí misma, de sus méritos o de su santi-

dad, sino que reconoce que solo es un instrumento del propósito del Dios soberano al que llama su Salvador. Necesita un Salvador, necesita la salvación. Reconoce, al hablar así, su naturaleza pecadora como criatura humana. «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios», nos dice la Biblia en Romanos, cap. 3, v. 23. María se califica a sí misma como tal y, sintiendo su necesidad de salvación, se alegra en su Salvador y exalta la gracia de Dios que se manifiesta en ella de forma tan maravillosa.

«Pues, he aquí, desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones», dice, «Porque me hizo grandes cosas el Poderoso, santo es su Nombre. Su misericordia va de generación en generación para los que le temen» (Lucas 1:48-50). Ella es dichosa por lo que **Dios ha hecho**, no por lo que **ella** ha hecho. La fe mira lo que Dios ha hecho.

Querido lector, querida lectora, ¿ha mirado lo que Dios ha hecho por usted? Le ha amado tanto que ha dado a su Hijo único, para que creyendo en él no perezcaís, sino que tengáis vida eterna (Evangelio según Juan, capítulo 3, v. 16). Si el favor concedido a María es único, si ella es la que todas las generaciones llamarán bienaventurada, Dios, en su gracia, le ofrece a usted también la felicidad eterna, por medio de Jesucristo. Solo le pide que se le reciba por fe.

3 - Lucas 2:11-14

Si seguimos leyendo el Evangelio según Lucas, llegamos al nacimiento de Jesús en el segundo capítulo. Esto había sido anunciado más de setecientos años antes por el profeta Isaías: «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel», es decir, «Dios con nosotros» (Is. 7:14; Mat. 1:23). Un ángel del Señor anunció a los pastores de la comarca el gran motivo de alegría: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor» (Lucas 2:11). Nótese que el ángel no habla de María, sino solo de Aquel que es el Salvador. Podría haber dicho: “Hoy, en la ciudad de David, la virgen María ha dado a luz a un Salvador...”. No, el Espíritu de Dios nos aclara que no es por María, sino por el Salvador que nace, por lo que la multitud de las huestes celestiales se unen al ángel en la alabanza a Dios: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y su buena voluntad para con los hombres!» (Lucas 2:14).

4 - Mateo 2:11

En el Evangelio según Mateo, vemos a los magos que vienen de Oriente ¿para ver a quién? ¿A María? No, para ver al niño al que rinden homenaje: «Entrando en la casa, hallaron al niño, con su madre María; y postrándose lo adoraron; y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra» (Mat. 2:11).

¿Ha leído usted bien? Vieron al niño con María, su madre, y la adoración y los regalos son solo para el niño.

5 - Lucas 2:46-51

Retomemos nuestra lectura en el Evangelio según Lucas. Jesús tiene doce años. Como cada año, en la fiesta de la Pascua, sus padres van a Jerusalén. A su regreso, el niño Jesús se queda en esa ciudad, sin que sus padres lo sepan. Cuando se dan cuenta de la ausencia de Jesús, vuelven a buscarlo y solo después de tres días lo encuentran «en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles... Cuando ellos lo vieron, se quedaron asombrados, y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? ¡Mira que tu padre y yo te hemos buscado angustiados! Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en los asuntos de mi Padre? Pero no entendieron lo que les decía. Descendió con ellos y vino a Nazaret; y les estaba sometido. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (Lucas 2:46-51). José y María eran personas excelentes. Lo que sabemos de ellos por los Evangelios nos da una alta opinión de su piedad, pero no estaban totalmente dedicados a las cosas de Dios, como lo estaba Jesús. Este incidente en el capítulo 2 de Lucas parece revelar alguna insuficiencia por su parte.

José y María deberían haber sabido dónde estaba el Señor, y él mismo se lo reprocha en cierto modo, diciendo: «¿No sabíais que debo estar en los asuntos de mi Padre?» Él era el Hijo de Dios, ocupado de los asuntos de Dios. Sin embargo, en su perfecta humanidad, se sometió a sus padres y volvió con ellos. María, que no entendía, guardaba estas palabras en su corazón.

6 - Juan 2:4; 19:26

Durante el primer milagro de Jesús, en Caná, María estaba presente. El vino faltó en la fiesta, y ella se lo contó. Jesús le dijo: «Mujer ¿qué tiene que ver eso conmigo o contigo? No ha llegado todavía mi hora» (Juan 2:4).

En la Escritura, el vino nos habla del gozo. Sin Jesús, no hay alegría verdadera y duradera en este mundo. Para dar gozo y bendición a la humanidad, es necesario que el pecado que hace separación entre Dios y el hombre sea quitado. Para que Jesús pueda dar el gozo, era necesario su muerte en la cruz para expiar el pecado. Esto es lo que significa la expresión: «No ha llegado todavía mi hora». La obra redentora aún no estaba hecha, y sin ella no se podía dar el gozo al hombre, como tampoco María podía traer el vino.

María no sugiere ni hace nada, porque no puede mezclarse con la acción de Jesús que tiene su fuente en el cielo. «Todo lo que os diga, hacedlo», dice (v. 5). Comprende que lo que cuenta no es lo que ella misma pueda hacer o decir. Es a Jesús a quien hay que escuchar y obedecer. Él dice a todos: «Venid a mí... y os daré descanso» (Mat. 11:28).

Observemos que el Señor siempre llama a su madre «mujer», recordando así la humanidad de María. Utiliza esta misma apelación cuando está en la cruz: «Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo» (Juan 19:26).

7 - Lucas 11:27-28

Ni una sola vez Jesús ha exaltado públicamente a su madre como siendo superior a los demás. Cuando «una mujer en medio de la multitud levantó la voz y le dijo: ¡Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste!», Jesús dijo: «Antes, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y se guían por ella» (Lucas 11:27-28).

8 - Hechos 1:14

La última vez que se menciona a María en la Biblia es en Hechos, capítulo 1. Después de la ascensión del Señor Jesucristo, los discípulos se reunieron en Jerusalén en el aposento alto. «Todos ellos unánimes se dedicaban asiduamente a la oración, con las mujeres, María la madre de Jesús y con los hermanos de él» (Hec. 1:14). María se unió de corazón a las oraciones de los discípulos. Para ella, objeto del inaudito honor de haber dado a luz al Hijo de Dios, su lugar está ahora con aquellos humildes y despreciados testigos, aún desconocidos, que perseveraban de un común acuerdo en la oración. La Escritura ya no nos habla más de la madre de Jesús. La deja en esa actitud de fe, de dependencia y de comunión que caracteriza la oración en común.

¿Podemos imaginar lo que habría pensado, en ese momento, si hubiera sabido que, unos siglos más tarde, una multitud de seres humanos, como ella, se dirigirían a ella en la oración?

9 - En conclusión, María: ¿quién es?

9.1 - Una criatura (no hay asunción)

Tuvo el inmenso privilegio y el gran honor de haber sido elegida por Dios para dar a luz al Salvador. Pero Dios, en su santa Palabra, nos muestra claramente que solo era una mujer, cuya piedad era notable, ciertamente, pero que solo era una criatura como usted y yo. No hay un solo pasaje, ni una sola palabra en la Santa Biblia que sugiera que María ascendió al cielo, en cuerpo y espíritu, antes o después de su muerte. Todas las doctrinas expuestas en relación con su asunción son totalmente falsas y están ausentes de las Sagradas Escrituras.

9.2 - No es una mediadora

Decir que María es una mediadora es contradecir la Palabra de Dios, «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús; el que se dio a sí mismo en rescate por todos» (1 Tim. 2:5-6).

9.3 - No es un objeto de oración

Por lo tanto, no es a ella a quien deben dirigirse las oraciones; Jesús enseñó repetidamente que las oraciones y alabanzas deben dirigirse a Dios, por Él y en Su nombre.

Él dijo: «...para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé» (Juan 15:16).

«En verdad, en verdad os digo: Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dará» (Juan 16:23).

Jesús es el que intercede ante el Padre: «Por eso puede salvar completamente a los que se acercan a Dios por medio de él, viviendo siempre para interceder por ellos» (Hebr. 7:25). «Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote que ha pasado a través de los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra confesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que sea incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo conforme a nuestra semejanza, excepto en el pecado. Acercuémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que recibamos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro» (Hebr. 4:14-16).

9.4 - No es un objeto de culto

Adorar a María es una desobediencia muy grave a la Palabra de Dios «Porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (o adorarás)» (Mat. 4:10 y Lucas 4:8).

9.5 - ¿La madre de Dios?

Llamar a María “madre de Dios” es inexacto y constituye un insulto involuntario a la santísima Trinidad. En efecto, ¿cómo Dios, que es espíritu (Juan 4:24) y que es eterno puede tener madre? María fue la madre de Jesús solo en su humanidad, el vientre en el que se formó Cristo encarnado. «Un cuerpo me preparaste», dijo al entrar en el mundo (Hebr. 10:5), y la voz profética: «Has abierto mis oídos» (Sal. 40:6).

«Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, fue justificado en el Espíritu...» (1 Tim. 3:16).

9.6 - No tiene virginidad perpetua

En cuanto a la virginidad perpetua de María, diremos simplemente que en varios pasajes de la Biblia se habla de los hermanos de Jesús: «Mientras hablaba aún a la multitud, he aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera, procurando hablar con él» (Mat. 12:46). Los judíos se asombraban y decían: «¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, y José, y Simón, y Judas? Sus hermanas, ¿no están todas con nosotros?» (Mat. 13:55-56).

Por lo tanto, es evidente que María no permaneció virgen después del nacimiento de Jesús. De José se nos dice: «pero no se unió a ella *hasta que* hubo dado a luz a su hijo primogénito, y le puso por nombre Jesús» (Mat. 1:25).

10 - Jesús, el único camino de salvación

Querido amigo lector, tal vez haya creído hasta ahora, por las enseñanzas humanas que ha recibido, que María puede hacer algo por la salvación de vuestra alma, o por el perdón de vuestros pecados, o incluso, como se oye a menudo, para ayudarlo. No es así en absoluto. El único camino hacia Dios es: **Jesucristo**

Él es «el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí», dijo Él (Juan 14:6).

Él es el único «mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim. 2:5).

«En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado entre los hombres, en el que podamos ser salvos» (Hec. 4:12).

11 - Ir a Jesús

Querido amigo, vaya directamente a Jesús, ya que Él le invita:

«¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso!» (Mat. 11:28).

«Al que viene a mí, de ninguna manera lo echaré fuera» (Juan 6:37).